

IN MEMORIAM
DONALD GUILLERMO JACKSON SQUELLA
(1960 – 2015)



Quebrada Santa Julia, Los Vilos, 16 de julio de 2004, momento preciso en el que Donald Jackson identifica la lasca y núcleo en el piso ocupacional de 12900 años atrás.

Se pueden decir muchísimas cosas de Donald Jackson, en tanto dejó una huella en las vidas de tanta gente. Fue un académico completo en todas sus acepciones y un ser humano integral. Permanentemente alegre, solidario, leal y generoso, Donald infundió felicidad y vivió su vida en plenitud; como él quiso.

Amante de su Universidad, la casa de estudios y el club deportivo, nunca dejó de tener a “La Chile” en su corazón. El vacío que deja no sólo es emocional e intelectual, sino que tangible, pues nadie se atreve a dejar de decirle “el laboratorio de Donald”, al que fuera su espacio ganado en el Departamento de Antropología. La placa grabada con su nombre afuera de éste es sólo un recuerdo tangible de su presencia en nuestra Universidad.

Muchas serán las historias que nos acordaremos a lo largo del tiempo; como su acercamiento inicial a la arqueología cuando como adolescente participó de los trabajos de Lautaro Núñez en Quereo; o cómo cambió mil veces la historia de cuando perdió una de las falanges de su mano. Recordaremos sin dudas su participación en los Congresos Nacionales y cómo siempre tuvo tiempo, ganas y disposición para conversar con profesores y alumnos por igual, frente a un problema arqueológico desafiante.

Como formador nunca se desvió de la noción que la enseñanza universitaria debía transmitir la experiencia de investigación, y así organizaba sus clases en función de los problemas que consideraba relevantes. La transmisión de una enseñanza comprometida es la que influyó en muchos de sus alumnos no sólo en la elección de temas, sino que en la orientación de cómo hacerles frente.

Tuvo gran compromiso social, y fue crítico con la arqueología actual y especialmente con la mercantilización de nuestra profesión. Ese rol crítico fue el que inspiró a Donald a enseñar con su ejemplo cómo una arqueología debía ser comprometida a nivel regional, donde la producción de conocimiento publicado era la única vía de concluir el proceso de investigación.

Sin embargo, lo que probablemente resulta más difícil es poder sintetizar su contribución como arqueólogo e investigador. Más allá de la enorme cantidad de artículos publicados de la que fue autor, quisiera comentar que en el proceso de escribirlos, él siempre pensó en apuntar más alto. Continuamente buscó las implicancias globales de aquello que investigaba y, como le gustaba expresar, no había nada más relevante que la arqueología de Los Vilos. Su vocación genuina era entender que lo que hacía, era realmente lo más significativo. Infundió ese espíritu en todos los que estuvieron a su alrededor. Esta disposición además fue generosa a un nivel superlativo, pues habría que considerar la gran cantidad de coautorías que tuvo con sus estudiantes a lo largo de su carrera. No es la oportunidad para definir cuál o cuáles trabajos constituirán su contribución más relevante, cada uno de nosotros fue tocado en alguna dimensión de su productividad y como tal, habrá mucho desde donde elegir.

Algunas aproximaciones muy discutidas en la actualidad, como la interdisciplinariedad, para él nunca fueron tema, sino que el enfoque esperado. No se podía alcanzar el conocimiento humano sino a través de una óptica que considerase, desde sus preguntas, el abordaje de múltiples fuentes de conocimiento, con sus alcances y limitantes. Probablemente una de las cosas que más lo llenaba de orgullo era el pensar deductivamente y que los problemas precedieran los hallazgos arqueológicos. Crítico y autocrítico, Donald Jackson, siempre estuvo en la frontera del conocimiento en arqueología y es impresionante como poseía un espíritu incluso más abierto que el de muchos de los más jóvenes, promoviendo temas novedosos que sólo recién empezamos a visualizar como relevantes.

También Donald Jackson representa a un estirpe de arqueólogos poco replicable, ya que investigó no sólo en el entorno de sus amores, Los Vilos, sino que en México, Radal Siete Tazas, Tierra del Fuego, el Desierto de Atacama, Cuchipuy, y tuvo una opinión crítica del trabajo en otras partes. Entre sus contribuciones transversales más relevantes estuvo haber instaurado una forma sistemática de analizar los conjuntos líticos en Chile, una que integró el valor de lo funcional, la tafonomía, las cadenas operativas y gestos técnicos y las interpretaciones vinculadas a la organización espacial de las poblaciones de cazadores recolectores. Amante de la costa siempre estuvo interesado por las trayectorias humanas en los ambientes litorales, con especial interés en que tan antiguas fueron estas adaptaciones. De ese modo, se volvió un referente para el poblamiento temprano en la arqueología nacional. Más allá de sus trabajos en Los Vilos, Donald Jackson se destacó por su contribución a la interpretación de la ocupación temprana de Tierra del Fuego y Patagonia continental. En sus últimos años, este interés lo llevó a ampliar sus horizontes geográficos con colaboraciones en el Norte de Chile, y también a través de contribuciones críticas a nivel sudamericano. Como tal era representante de Chile en la red Orígenes organizada por el Institut Català de Paleoecologia Humana i Evolució Social.

Quizás una de sus proezas más destacable es haber podido completar la escritura de su tesis doctoral estando ya enfermo. Prueba de esfuerzo y de su tenacidad, uno de los atributos que más valoraba, Donald entregó el manuscrito finalizado de su obra: “El Primer Poblamiento de la Costa Pacífica Sudamericana: El Complejo Huentelauquén”. Esto no sólo representa un ejemplo de su amor por la profesión, sino una enseñanza de actitud frente a la vida para todos los que tuvimos el honor de conocerlo.

Amigo de sus amigos, maestro para sus estudiantes, crítico arqueólogo para sus colegas; me siento honrado de haber podido ser los tres.

CÉSAR MÉNDEZ M.
Departamento de Antropología
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Chile